

TEATRO

¡Gracias, Buero!

PUES nada, que así gritaban el otro día en el teatro Benavente unos desconocidos luego de ver el estreno en España de «La doble historia del doctor Valmy», que trata de la tortura policiaca. Le daban las gracias. Esta doble historia, y yo creo que Buero Vallejo se queda corto fue estrenada primero en Inglaterra, y gracias a Dios no la hemos tenido que traducir del inglés, porque su autor la había escrito primero en castellano, y no había tirado el original. Y otro detalle: los desconocidos que gritaban «¡Gracias, Buero!», no eran ingleses. El que parece inglés es el esbirro, que se llama Barnes. Desde luego de Guadalajara, con ese nombre, no es. De Guadalajara es Buero, eso sí. Pero, en fin, la obra es como muy universal. Pero si es muy universal y en Inglaterra el personaje se llamaba Barnes, ¿por qué aquí no se llama Pérez? ¡Más universal que Pérez! Incluso más que Barnes. Bueno, esto es

pura lexicografía. Lo de fondo es que Buero siempre anda con el asunto de la conciencia de un lado para otro, y me da que el destape de la conciencia es un acto de libertad más grande que el destape de los cuerpos. Porque visto un cuerpo, los has visto todos. Pero vista una conciencia... Coño, es que la gente estaba conmovida en el teatro, se veían lágrimas en los ojos. ¡Mira que si la moral humana se pone ahora de moda! Es que a este Buero no le ha servido para nada ser académico, sigue con las mismas cosas y lo mismo de pálido. Es que la conciencia es pálida y traslúcida, como el alabastro. La obra la escribió al principio de los sesenta y en Madrid se estrena ahora. Y es que la conciencia siempre va por delante de la realidad. Así que yo me uno a los desconocidos, a las conciencias lúcidas y a los cuerpos sufrientes, y grito también: «¡Gracias, Buero!» ■ **ALBERTINA.**



Los estrenos vistos desde el guardarropa

ANA BELEN Y VICTOR MANUEL

Se presentó en Cleofás la pareja progre de la contestación madrileña. El, vestido de empleado normal que ha perdido la chaqueta. Ella, desnuda de senos bajo un vestido de velo blanco. A pocos metros de la Presidencia del Gobierno hicieron sus cantos de amor y guerra. Lo mejor de ella, la canción a su barrio. Lo mejor de él, la parodia del guante. Lo mejor de ambos, lo que no es de ninguno de los dos, o sea, los poemas de Nicolás Guillén, en versiones para un disco del poeta cubano que van a lanzar. Parece que la Revolución, lo que

se dice la Revolución, si no consigue hacerla Tamames con sus cartas entregadas en mano (y parece que no), menos van a hacerla los cantantes y las cantantes folk, contraculturales y de protesta, aunque vayan por parejas. En cuanto a lo demás, ella sigue siendo bellísima, él tiene voz y son majos y parece que se quieren. Pero la desgracia y la ventaja de meter un poeta de verdad —Guillén, Alberti— entre los versos propios, es que se nota más la diferencia, macho. (Les pasa a todos.) ■ **TIO OSCAR.**



Un libro ayuda a leer

LA SRA. DALLOWAY

HAY que tener los conocimientos y el buen gusto de Antonio Vilanova para llevar una colección como la de Palabra en el tiempo, metiendo en ella unos cuantos títulos de Virginia Woolf, para mayor orgía perpetua. Ultimamente, «La señora Dalloway», que es una de las obras maestras de la mujer más lista que haya agarrado nunca una pluma, y eso que la Woolf empezó un poco antes del Año Internacional de la Mujer. ¿Quién le teme a Virginia Woolf? Pues todo el mundo, a la hora de ha-

cer novela, pues si Joyce, Proust y Musil crearon la novela moderna en macho (bueno, unos más machos que otros), Virginia Woolf es un Proust femenino y anglosajón, que se inventa nada menos que la novela lírica, única fórmula que prima hoy en nuestro tiempo de crisis de la vieja novela tradicional, decimonónica y balzaciana. Mientras el liberalismo caduco daba a Virginia Woolf, nuestra España diferente, que va a la cabeza del mundo, ha dado a Corín Tello. Aquí somos otra gente. ■ **U.**

